todo abunda, todo se contenta quando aparece; pero todo se entristece, todo se marchita, todo falta, todo muere, todo perece quando se retira. Y Vos sois en este Misterio ¡ó Jesus mio! la alegría, la gloria, las riquezas, la vida y la felicidad de nuestras almas. Uniéndose á Vos es quando ellas viven, se llenan de consuelo, son elevadas á una alta gloria, colmadas de toda suerte de bienes, y se hacen felices; mas al contrario, alejándose de Vos, caen en la tristeza, en las tinieblas, en el oprobrio, en la pobreza, en la miseria y en la muerte.

Ahora gozo la dicha de veros ¡ó Divino Sol! ya que me concedeis la gracia de tenerme aquí cerca de Vos, de contemplar vuestra hermosura, de admirar vuestras perfecciones, y de recibir vuestras miradas. ¡O por quan dichoso me tengo! Pero para que mi dicha sea perfecta, hacedme, os suplico, conocer los admirables efectos que habeis acostumbrado producir en nuestras almas: derretid el hielo de mi corazon: secad el cieno de mis vicios: limpiadme de la inmundicia de mis pecados: curadme de mis abatimientos: alumbrad mis tinieblas: abrasadme con vuestros ardores: llenadme de vuestra fuerza: volvedme fecundo en buenas obras; y haced que viva de vuestra vida.

Me contemplo aquí ¡ó Jesus mio! como

una tierra helada, cubierta de tinieblas y estéril; ó como árbol que no tiene xugo ni virtud para llevar fruto. Vengo á exponerme á vuestros rayos, ¡ó Divino Sol! para que calenteis la tierra de mi corazon, y le hagais producir las flores de todas las virtudes. Vengo á gozar de vuestras favorables miradas, para que deis la fecundidad á mi alma, y la hagais llevar frutos de justicia. Floreced, pues, en mi corazon, y derramad agradablemente vuestro olor en presencia de este Divino Sol, ¡ó flores admirables de todas las virtudes! *Florete flores, et date odorem.* Y vosotros frutos de Justicia, brotad felizmente en todas las potencias de mi alma, para que por vuestro medio me haga digno de las ricas recompensas que Dios ha prometido á los Justos. Amen.

IV. ELEVACION.

Charitas Christi urget nos.

El amor de Jesucristo nos insta. 2 *Corinth.* 5. 14.

El amor de que me dais pruebas brillantes en el adorable Misterio de la Eucaristía, me insta, ¡ó Jesus mio! sí, me insta

este amor con demasiada fuerza para dexar de venir á daros pruebas del mio, y consagraros todos los afectos de mi corazon. Ya no soy dueño de mí, ¡ó Divino Salvador mio! quando considero los sagrados excesos adonde os lleva vuestro amor para con nosotros sobre nuestros Altares; y no los reflexiono nunca, sino con nuevas admiraciones y nuevos transportes.

Me insta este amor, quando considero la dignidad infinita del que me hace la honra de querer que yo sea su objeto; porque no puedo comprehender, ¡ó Jesus mio! no, no puedo comprehender cómo un Dios de una magestad infinita como Vos, pueda amar con el ardor que lo haceis, á una criatura tan vil y miserable como yo.

Me insta este amor, quando reflexiono la indignidad de la persona que Vos amais: si no tuviera mas que la baxeza de su orígen su pobreza y su nada, y fuera esto lo que la hiciese indigna de vuestras pretensiones, no me sorprehenderian tanto vuestras extremadas instancias; pero tiene mil malas qualidades, que la hacen enteramente aborrecible. Es una ingrata, una pérfida, una infeliz, que se ha contaminado con mil delitos, y que os ha hecho mil ultrajes. ¿Como, ¡ó Jesus mio! Vos, que por ser la Santidad por esencia teneis un horror infinito al pecado, podeis amar á la que está

tan culpada? ¿Como, Vos, que por ser la Justicia misma no podeis tolerar la iniquidad, quereis amar á la que ha cometido tantas iniquidades? Es preciso, sin duda, que Vos tengais el motivo de vuestro amor en Vos mismo, ya que no encontrais nada en ella que no deba retraer á otro qualquiera que no sea Vos.

Me insta este amor, por las maravillas que os obliga á obrar para haceros presente en este Misterio. Yo me aparto á la menor dificultad que encuentre al ir hácia Vos; y Vos haceis una infinidad de prodigios que jamas han tenido semejantes, hasta trastornar toda la naturaleza, á fin de venir hácia mí para consolarme en este triste destierro, protegerme contra los formidables enemigos que han jurado perderme, socorrerme en mis mas urgentes necesidades, y conducirme por tantos peligros al puerto de la salvacion; y si ahora os veo sobre este Altar, no es sino para alargarme la mano, á fin de sacarme del profundo abismo de miserias en que me veis sumergido, oir mis peticiones, y concederme, ó todo lo que deseo, ó alguna cosa mejor.

Me insta este amor, por la continuacion con que os obliga á estar conmigo. No me haceis visitas pasageras, ni estais en la tierra, que es un lugar tan indigno de Vos, solamente por temporadas: vivis en ella

continuamente para estar siempre conmigo. No me abandonais un solo momento; y por una maravilla sin igual, multiplicais al infinito vuestra presencia para haceros ver donde quiera que me halle, á fin de ser mi apoyo, mi consuelo, mi riqueza, mi gloria y mi dicha. ¡Que exceso de bondad! Un Dios, á quien soy tan inútil, y que encuentra en sí mismo su soberana felicidad, no quiere abandonarme un momento; y entretanto que yo huyo de su presencia, y que aun tengo una especie de pena en estar con él, tiene sus delicias, y al parecer su felicidad, en estar siempre conmigo.

Me insta este amor por los profundos anonadamientos á que os reduce; porque os obliga á baxar de vuestro trono para meteros en una especie de servidumbre: en ella os despojais de vuestra gloria, de vuestro poder y de vuestras riquezas, por acomodaros á nuestra flaqueza; en una palabra, en ella os anonadais para elevarnos por vuestras profundas humillaciones al colmo de la grandeza. No obrais con nosotros como nosotros obramos con Vos: porque si os hacemos un sacrificio de nuestros bienes, de nuestra gloria y de nuestras diversiones, este sacrificio jamas es entero, siempre nos reservamos la mejor parte de la víctima, y aun muchas veces volvemos á tomar lo que hemos ofrecido; pero vues-

tro sacrificio es aquí muy perfecto. Todo lo dexais; y despues de tantos siglos que residis en nuestros Altares, jamas habeis vuelto á tomar esta gloria, esta grandeza, este poder que dexasteis una vez en ellos por nuestro amor. ¡Que exceso de caridad en la persona de un Dios de Magestad infinita, por tan viles y miserables criaturas!

Me insta este amor, por las excesivas liberalidades que nos hace; porque os obliga, ¡ó Jesus mio! á darnos generalmente todo lo que poseeis. Nos dais vuestro Cuerpo, vuestra Sangre, vuestra alma, vuestra persona, vuestra divinidad, vuestros trabajos, vuestros méritos, vuestro Reyno; en una palabra, todo lo que teneis. Este amor no se saciaria, si os reservaseis alguna cosa. ¡O quan diferente es del nuestro! porque quando os hacemos algun presente, ó damos qualquiera cosa á nuestros hermanos, siempre es poco; y esto poco no es por lo regular sino lo que nos es inútil, y de que no tenemos necesidad; y aun lo sentimos muchas veces despues de haberlo dado. Pero Vos no haceis así en este Misterio, ¡ó Jesus mio! dais en él infinitamente: no os reservais siquiera lo que teneis de mas querido, y lo que os toca de mas cerca, que es vuestra gloria y propia persona: dais con gozo á toda clase de gentes, y sin poner ningunos límites á

vuestros dones. No hay hombre por desgraciado y miserable que sea, á quien no deis bienes infinitos, y generalmente todo lo que teneis. ¡Que prodigio de amor y de bondad!

Me insta este amor, por la fuerza y generosidad con que os hace sufrir en la duracion de los siglos todas las afrentas, todos los ultrajes, todas las ignominias, y todas las indignidades de que la impiedad, la malicia, la perfidia, y el furor de los hombres son capaces. No es este amor como el que nosotros os tenemos, el qual provee y toma tanta precaucion para que no nos suceda nada que pueda darnos trabajo en lo que emprendemos por vuestro servicio; os pone al contrario en alguna manera un velo en los ojos para impediros ver á lo que os exponeis; ó por mejor decir, os lo dexa ver, y aun os representa todas las consecuencias; pero os inspira unos sentimientos que os hace pasar sobre todo, por tener el gozo de estar con nosotros.

¡O Jesus mio! ¡ó Jesus mio! ¿hasta que punto llevais el amor que teneis por una miserable criatura como yo? ¿Es posible que Vos hagais unas cosas tan asombrosas á su favor? ¡O ! ¿que mas podriais hacer por un Dios, si fuera capaz hubiera otro? ¿Podriais excederos mas en vuestros aniquilamientos, en vuestra expoliacion, en

vuestra liberalidad, y en vuestro ardor, que lo haceis por mí en este Misterio? ¿Podriais exponeros á mayores altrajes é indignidades que á las que en él os exponeis por mi amor?

¡Ah! Señor, ¿no hicisteis bastante por mí quando para servicio mio criasteis el cielo, la tierra, el mar, y todo lo que en sí encierran? ¿No me concedisteis ricos presentes quando me disteis todas las cosas de acá baxo, haciéndome el soberano de los animales de la tierra, de las aves del cielo, y de los peces del mar; y aun mandando á vuestros Angeles me sirvan y acompañen por todas partes? ¿No os despojasteis y anonadasteis bastante por mí, quando descendisteis del Cielo, y os vestisteis de la humana naturaleza en el Misterio de la Encarnacion? No sufristeis, en fin bastante por mi salvacion en el discurso de vuestra vida, y en vuestra muerte para dexar de abatiros á los sagrados excesos á que os abatis en nuestros Altares?

Que medio ¡ó Jesus mio! para resistir á unos esfuerzos tan poderosos como los de vuestro amor? ¿Que medio para abstenerse de amar un objeto tan amable como Vos? ¿Sería menester que no tuviese corazon, ó que le tuviese mas frio que el mármol, y mas duro que el diamente, para llegar á este exceso de ingratitud. Si el últi-

mo de los hombres hubiera hecho por mí un milésimo de lo que Vos haceis en este Misterio, no podria ménos de amarle. ¿Quales, pues, deben ser los sentimientos de mi corazon para con Vos, que sois el Soberano Monarca del mundo, y el Dios de toda la naturaleza? ¡Ah! si Vos me amais con tanto ardor, aunque no encontrais en mí ningun mérito, que jamas he hecho nada por Vos, que no teneis ninguna necesidad de mí, y que en fin nada podeis esperar, ¿que debo hacer para con Vos, ¡ó Jesus mio! yo que encuentro reunido en vuestra adorable persona todo el mérito y todas las perfecciones imaginables, que he recibido de Vos una infinidad de bienes, que no puedo subsistir un solo momento sin vuestro socorro, que hallo en Vos mi soberana dicha, y que en fin espero de Vos un Reyno inmenso y eterno, lleno de gloria y felicidad? Ameos yo, pues, ¡ó Divino Jesus mio! ámeos yo, ¡ó querido objeto de mi corazon! con todo el ardor y toda la perfeccion de que soy capaz: conviértanse todos los miembros de mi cuerpo en corazones; y conviértanse estos corazones en llamas para amaros con mas ardor. ¡Ah! ¿que no tenga millones de corazones para emplearlos todos en amaros, á fin de haceros ver mi perfecta correspondencia? Angeles y Bienaventurados del Cielo, y vosotros Justos

de la tierra, ayudadme, os suplico, ayudadme á amar á mi Jesus. Prestadme vuestro corazon para que yo le consagre todos sus afectos, ó consagradselos vosotros mismos, y amadle por mí. Redoblad vuestros ardores, y aumentadlos, si es posible, infinitamente, para corresponder al amor infinito que mi Jesus me manifiesta en este Misterio. Con este designio os ofrezco, ¡ó Salvador mio! todo su amor, singularmente el de los Angeles que estan aquí presentes, el de vuestro divino corazon, el que vuestro Padre y el Espíritu Santo tienen por Vos, y el que Vos mismo teneis por ellos en la adorable Trinidad. Os amo por todo este amor, y con todo este amor.

Derramad, ¡ó Jesus mio! derramad, os suplico, un poco del amor de vuestro divino corazon en el mio, para que yo mismo os ame de una manera digna de Vos. Haced volar algunas centellas del fuego sagrado que os consume para inflamarme. Una sola bastaria para abrasar todo el universo; y estoy seguro que si Vos me concediéseis la gracia de derramarla en mi corazon, en el instante sería inflamado enteramente. Aquí me teneis, ¡ó Jesus mio! os presento mi corazon para que pongais en él toda la extension de amor que pedis de mí en reconocimiento del vuestro, y de todos vuestros beneficios. ¡O! ¿por que, ¡ó Salva-

dor mio! por que me haceis Vos mayor bien que el que puedo reconocer? ¿O por que, si Vos quereis ser tan liberal para conmigo, no me dais un corazon bastante sensible y ardiente para cumpliros todas las obligaciones de un perfecto reconocimiento? ¡Ah! muero del deseo que tengo de manifestaros mi gratitud, y corresponder perfectamente á todas vuestras bondades: y desearia tener para este efecto, si posible fuera, un amor inmenso é infinito, para reconocer dignamente vuestros beneficios, que son inmensos é infinitos. Siento ¡ó Jesus mio! dentro de mí, un ansia de amaros; que no puedo saciar, por vivo que sea el ardor de mi amor: deseo tan ardientemente que Vos seais amado, que no puedo dar bastante extension á mis deseos, ni satisfacerlos. Deseo muchas veces que todas las criaturas del universo se transformen en Serafines, para amaros perfectamente; y que de todas juntas se haga un grande holocausto que se consuma eternamente en las llamas de la caridad, para gloria de vuestro Santo Nombre. Deseo tambien amaros yo solo tanto como todas las criaturas juntas, y daros en cada momento otra tanta gloria como de ellas habeis recibido en el tiempo, y que recibireis por toda la eternidad; de tener solo en mi corazon tanto amor, quanto vuestro poder

puede derramar en el corazon de todas las criaturas existentes y posibles.

Vos vinisteis ¡ó Jesus mio! á traer á la tierra el fuego sagrado de vuestro amor, por el Misterio de la Encarnacion: habiais empezado á encenderle en el corazon de los hombres por vuestras palabras, por vuestros exemplos, por vuestros beneficios, y por vuestros sufrimientos. Mas puedo decir que en este Misterio le encendeis por medio de vuestro mismo amor: entrais mediante la Comunion en nuestros corazones, como un fuego devorador para consumirlos por los ardores sagrados de vuestra caridad. Y nosotros no deberiamos jamas recibiros en la Santa Mesa, sin volver abrasados enteramente de vuestro amor, como poseyendo dentro de nosotros este fuego consumidor que en el Cielo abrasa á todos los Bienaventurados en los ardores de una caridad consumada: no deberiamos nunca parecer en vuestra presencia al pie de vuestros Altares, sin ser al mismo tiempo abrasados enteramente en vuestra divina caridad. Vuestro Altar es como el Monte Santo sobre que Dios apareció á Moyses en una nube resplandeciente de fuego y relámpagos.* En él formais como una fragua ardiente de donde salen de continuo torbe-

* Exod. 19.

llinos de fuego y nubes de llamas, que queman y consumen felizmente aquellos que halla al rededor. Aquí me teneis cerca de Vos, ¡ó Jesus mio! no pretendo otra cosa sino abrasarme y consumirme en vuestros fuegos sagrados. Arrojad, pues, os suplico, del fondo de vuestro corazon algun torbellino de ese fuego sagrado, para que me consuma y devore. Os visitaré tan frecuentemente, y me mantendré tan cerca de Vos, que tendré en fin el gozo de verme devorado por vuestros divinos ardores. ¡O amor! ¡ó amor que continuamente ardeis, y nunca os apagais en el secreto de este Misterio! ¿quando tendré la dicha de arder en vuestros divinos fueros? Este es mi único anhelo, y no tengo otro en el mundo. ¡O ! ¿por que me haceis consumir y secar en la esperanza de lo que deseo? Muero del ansia de amar un objeto tan amable. Enviad, pues, ¡ó Jesus mio! enviad á mi corazon vuestro Espíritu Santo, que es ese fuego sagrado que sale del vuestro, para que me llene de la plenitud de su amor, que arda no tanto de un fuego divino, como de un fuego que es Dios mismo, segun se dice de los Serafines: *Ardent igne Deo;* y que os ame por vuestro Espíritu Santo, y con el mismo amor con que él os ama; ó bien concededme, ¡ó Salvador mio! que yo entre en vuestro sagrado corazon, donde re-

side la plenitud de este Divino Espíritu, y de que en alguna manera vaya á arrojarme en ese fuego, para que por él sea devorado vivo. Entro en espíritu, ¡ó Jesus mio! y me entrego á él por los deseos de mi corazon. Quiero siempre habitar enmedio del vuestro, sin querer jamas salir de él.

Pero haced, os pido, ¡ó Jesus mio! que mi amor para con Vos tenga todos los caractéres del que Vos teneis por mí, y que sea un amor que me aniquile, un amor que me despoje, un amor que me sacrifique, un amor que eficazmente me obligue á dar todo, hacer todo, sufrir todo por vuestra gloria.

Vos me exhortais, Salvador mio, por uno de vuestros Angeles* á comprar este amor que él llama un oro ardiente; pero ¿que precio le poneis, ¡ó Jesus mio! y qué es lo que exigis de mí para concederme su posesion? ¿Es necesario que yo sacrifique mis bienes, mis gustos, mis comodidades, mi reposo, mi honor y mi vida? Estoy pronto á sacrificarlo todo por obtener este amor. ¿Es necesario que yo sufra las murmuraciones, las columnias, los menosprecios, las afrentas, las enfermedades, las persecuciones, y las injusticias? Me ofrezco á sufrirlo todo por poseer

* Apoc. 2. 18.

vuestro amor. ¿Es necesario en fin que yo emprenda cosas grandes para vuestro servicio, que lleve una vida austera, penitente y mortificada, que abrume mi cuerpo de trabajos y fatigas, y mi espíritu de humillaciones y abnegaciones? Lo haré todo agradablemente para que me concedais vuestro amor.

Otros ¡ó Jesus mio! vienen aquí á pediros la prosperidad, la salud, los bienes, los honores, los placeres y el feliz éxito en sus negocios; pero por lo que á mí hace no os pido sino vuestro amor; nada quiero mas que ser consumido por vuestras llamas celestiales, y que todo mi vida se pase en arder y morir de amor por Vos, en reconocimiento del amor en que Vos ardeis y moris continuamente por mí en este Misterio, y en union de este mismo amor. Mi deseo sería acabar efectivamente mi vida al pie de vuestros Altares, y morir de amor en vuestra presencia; pero en qualquiera parte que mandeis finalice mi vida, concededme por lo ménos, Señor, terminarla en los mas puros y vivos ardores de vuestro amor. Amen.

Esta Elevacion no es casi mas que una recopilacion de lo que está dicho en diversos lugares de los otros tomos de los Coloquios; pero se ha creido que á nadie desagradará encontrarla aquí, mayormente á los que no tienen aquellos volúmenes.

V. ELEVACION.

Para pedir á Jesucristo en el Santísimo Sacramento el perdon de los pecados.

Soberano Juez de los Angeles y de los hombres, que habeis establecido el trono de vuestra misericordia sobre nuestros Altares para darnos el medio de ponernos á salvo de los temibles juicios de vuestra justicia: vengo á postrarme á vuestros pies para rogaros me juzgueis en este favorable Tribunal, á fin de que vuestra justicia no tenga nada que juzgar en el suyo. Deseo con uno de vuestros Santos estar ya juzgado quanto comparezca en él, para que no tenga que padecer su juicio:* *Volo vultui Dei judicatus præsentari, non judicandus.*

Voy á ser Fiscal contra mí mismo ante Vos, á fin de dar lugar á vuestra misericordia á pronunciar en mi favor el decreto de abolicion de mis pecados. Reconozco, pues, Señor, en vuestro presencia, que estoy culpado con una infinidad de delitos que merecen el infierno. Confieso que mi vida está tan llena de ellos, que á qualquiera parte que me vuelta, no veo sino montañas de iniquidad: mi entendimiento

* Bern. Serm. 55. in Cant.